



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9292

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

Viernes 21 de Octubre de 1892

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobre.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Frente de Escaleras).

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas... 40.697.980

Total... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,58.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Micael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chouberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

¿Cómo anda la administración!

Entre la infinidad de anomalías que ocurren en este país, merece que señalemos con preferencia la que se refiere á las cuentas provinciales y municipales de toda la nación, que desde hace diecisiete años puede decirse, se encuentran en el olvido más completo.

En efecto, desde el año económico de 1875 á 76 no se ha examinado ni una sola de las cuentas de esa índole que anualmente se remiten á la Superioridad de cada una de las cuarenta y nueve provincias de España, en vista de lo cual podrá creer cualquiera que en este país no existe un Tribunal Mayor de Cuentas del Reino, con su brillante cohorte de ministros togados, jefes de administración, jefes de negociado y jefes de todas clases, amén de la infinidad de auxiliares y dependientes, que absorben una parte no despreciable del presupuesto nacional.

No es necesario esforzarse mucho para demostrar los grandes perjuicios que tan incomprensible negligencia trae sobre la hacienda de las provincias y de los municipios, porque abandonada por completo la inspección superior que tan severamente debe ejercerse sobre la contabilidad local, para que ésta se mantenga moralizada, á la sombra de la impunidad que ofrece semejante abandono, no creemos sea aventurado suponer que las cuentas provinciales, salvo excepciones honrosas, se hallen plagadas de vicios que algún día puedan acusar defalcas de consideración. Porque esa multitud de cuentas

que desde la restauración de la monarquía se hallan hacinadas en las oficinas del Supremo Tribunal, sin que á los señores ministros del mismo se les ocurra que acaso la capa de polvo que las envuelve, oculta el secreto de la ruina de uno de los ramos más importantes de la Hacienda española, es indudable que algún día tendrá que desahucarse y cuando al cabo de muchos años llegue ese caso, y los vicios é ineptitudes se esclarezcan y se depuren las responsabilidades, entonces éstas serán ilusorias, porque los interesados habrán desaparecido de la escena administrativa, y como no sea á Dios, que ningún pecado deja impune, á nadie habrán tenido que rendir cuenta de sus irregularidades y dilapidaciones.

Fijense en tan perjudicial anomalía nuestros gobernantes, y piensen si es justo que el pobre contribuyente se sacrifique para el sostenimiento de tantos funcionarios que así corresponden á la excesiva largueza con que se les retribuye.

COLABORACION INEDITA.

DE UN PALETO A OTRO.

Querido Pedro: Qué fiestas! bien habrás visto por los periódicos que está habiendo un chasco; era de esperar porque ya lo anunciaban los prospectos ó programas, pero de lo que no tendrás noticia seguramente será de las aleluyas de la vida y hechos de Cristóbal Colón y de las palabras de un terrible libre-pensador que nos ha dicho que la inquisición no quemó á Cristóbal Colón porque hubo de considerarle insignificante.

Hay quien dice que no sería tan insignificante cuando las Universidades discutieron con el ilustre navegante y los reyes le atendieron, pero asómbrate lo más serio está en que la inquisición no se había establecido aun en España con el rigor y fuerza que después. Ciertamente es que el libre-pensador nos habló según propia confesión en nombre de la Ciencia.

Estas cosas son las únicas cosas que han podido divertirnos. Por lo demás exáltase el alma, irritase la sangre pensando en que aun seguimos siendo el pueblo bambollero que á cada momento y con cualquier pretexto y así para lo grande como para lo menudo y trivial realizamos el *Monoparturiens*. El parto

hoy ha sido fecundo en ratas pica-bolsillos y en ratones, es decir personillas liliplutienses que han aparecido por aquí y andan recorriendo las calles ostentando un *fraque*, comisionados, representantes ¡qué se yo una muchedumbre de Pando y Valle! Miembros de La Logia el gran Alfarero de Meorzón; de la Academia Espiritista, los Alumbrados de Valdepeñas, los de la *Société Universelle* de los irrigadores libres.

Dios nos ampare y defienda de esta invasión cómica-grotesca. Qué ridiculez de bambalinas postes, disfraces de cartón, farolejos, fundas de cama y murgas.

Pues y biografías y retratos? Y marcas de fábrica? Velas de esperma Colón... Calcetines Colón... ¡Horror, horror querido Pedro! ¡Pobre Colón!

No; no es posible pasar en silencio esta burla hecha al nobilísimo sentimiento de la patria.

Nunca mayor número de personas ha acudido á festival alguno, nunca con mayor regocijo fue aceptada la idea de un Centenario, nunca en fin podría ofrecerse un motivo de mayor importancia... claramente! ¿Habrá necesidad de decirlo? ¿Pues qué no se reconoce desde luego? ¿Después de la redención del mundo por el hijo de Dios, hay acortamiento que supere en importancia al descubrimiento de América?

Sí, Pedro esto indigna, indigna ver á qué extremo llega nuestra desgracia, que no parece sino que se está celebrando el advenimiento de Bosch al mundo, ¡qué ruindades, qué vulgaridades, qué penar! ¡qué tristeza!

¿No hubierasido esto oportuno para dejar fundado en Madrid algún monumento de imperecedera gratitud? Soñaba yo que se extendía el parque del Retiro, que por nuevos trabajos había llegado á hermosearse y de él se hacía un magnífico lugar de recreación que ni el prater de Viena, ni los jardines del Vaticano podían competir con él. La escultura tenía en este amenísimo jardín maravillosas obras, acá en esta glorieta, más allá en aquel bosque, en el extensísimo lago, por todas partes, se veían estatuas admirables, grupos valiosos representando los más importantes hechos de la vida de Colón... ¡Cómo describirte el monumento central pensado por Sutillo y por el Benillure Marinas ejecutado! ¡qué estatua la de Colón! qué bellezas veía en sueños; qué tributo á las artes; qué homenaje á la fé de Colón!

La gran biblioteca Colombina, el museo hispanoamericano, y sobre todo la escuela de ciencias geográficas!

El museo etnográfico y el observatorio astronómico, el primero del mundo... todo esto me dejaba mudo de asombro en mi sueño.

Ya te hablaré de él detalladamente. Lloro y me desespero... al ver lo que somos...

No sé qué carnavalada de carricoches y faranduleros se prepara, no quiero hablarte de ello.

El sentimiento de ira que me domina es el que hoy daña á todos los forasteros ruidamente chasqueados.

Te advierto que no haré ninguno de tus encargos porque hasta ahora nada hallaría que no tuviese, estampado, esculpado, grabado ó pegado una caricatura... de Colón.

El Centenario ha quedado reducido á un suceso de los que divierten á la populachera madrileña: el *perro Paco*, la *Lolilla* ó la entrada ó salida de un poliquillo cualquiera.

Lo único que divierte son los sabios del libre pensamiento... (periódico de Chile) y el discurso de un erudito que ayer nos decía:

—Pienso probar que Colón no ha existido. Hallé curiosísimos documentos. Niégome la existencia de Colón. Lo

único que es innegable es la existencia de su hijo. Histórico.

Por la copia

JOSE ZAHONERO.

15 de Octubre 92.

(Prohibida la reproducción.)

LITERATURA EXTRANJERA

LA CLIENTELA DEL DOCTOR

—Caballero es Ud. un... tal.

—Y Ud. un... cual.

—¡Pan!—¡Pin!

Y sonaron dos bofetadas monstruosas, dos bofetadas de esas que hacen girar en redondo al que las recibe ni más ni menos que si fuera un trompo.

—Caballero esto no ha de quedar así.

—Lo mismo creo.

—He aquí mi tarjeta.

—Tome Ud. la mía.

—Mis testigos se avistarán con usted mañana por la mañana.

—Desde esta noche me tienen á su disposición.

Separados por varias personas que habían presenciado la disputa desde su comienzo, los dos adversarios miráronse furiosos y se retiraron á sus respectivas casas.

Algunas horas después, el joven y el encolerizado Aquiles Loustigaac midiendo á grandes pasos su habitación conferenciaban con dos amigos.

Sus movimientos nerviosos y sus gestos horribles daban perfecta idea de la ira que le dominaba.

—veámos—exclamó uno de sus acompañantes—¿no podría arreglarse el asunto de un modo satisfactorio?

Aquiles se volvió como un tigre herido y dijo con voz desentonaada:

—¿Arreglar el asunto? ¿Conformarme yo con la bofetada que recibí?... ¡Nunca!

—Sí, sí... ya comprendemos...añadió el otro amigo—por una bofetada...

—...el insolente

—perdió la vida...

—Y la perderá—replicó Aquiles con voz ronca.—O la perderé yo. Eso mismo prefero que me mate á digerir semejante injuria.

El primer amigo hizo varias tentativas para lograr una avenencia, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Aquiles declaró que era triste morir pero que aunque la idea le desagradaba, no había medio honroso de retroceder.

—A menos—añadió—que ese estúpido me dé una satisfacción completísima.

—Entendido—contestaron á la vez los dos amigos disponiéndose á marchar.

Aquiles echó mano al bolsillo y sacó la cartera exclamando:

—Tomad la tarjeta de ese... caballero.

Uno de los testigos se apoderó del trozo de cartulina y leyó en voz alta.

Doctor Furnichón (De la facultad de Filadelfia).—Nouvelles Andriettes número 413.—Consulta de 10 á 12.

—Un médico. Perfectamente. Iremos á la hora en que recibe á su clientela.

—Oye Aquiles: es preciso hacer algún pequeño gasto, sea cual fuere la solución que tenga el asunto...

Y el amigo que hablaba así daba vueltas á su bastón, entretenimiento peligroso para los objetos de porcelana y biscuit colocados sobre la chimenea.

—Podéis hacer los gastos que sean precisos—respondió Aquiles á tiempo que el bastón de su representante derribaba un jarrón japonés que se rompió en mil pedazos.

Los tres héroes—y digo los tres porque para ser testigos de un duelo se necesita tanto valor como para ser combatiente—cambiaron un apretón de manos y se despidieron.

Al siguiente día los amigos de Aquiles llegaron á casa del doctor cuando el reloj señalaba las once.

—Tilín, tilín.

Un criado negro uniformado con elegancia, entreabrió la puerta y quedóse mirando á los caballeros que iban irremediablemente vestidos de luto y que por la gravedad de sus aptitudes y de sus rostros aparentaban lo que eran: dos plenipotenciarios de esos que tienen en sus manos ademán del sombrero y del bastón las vidas de dos hombres.

—¿El doctor Furnichón?

—Aquí es señores.

—Necesitamos verle.

—Tienen Udes. que pagar antes diez francos cada uno, precio establecido para las consultas.

—¿Qué consulta ni qué calabaza! Nosotros no estamos enfermos afortunadamente.

Y los padrinos de Aquiles pretendieron entrar, pero la puerta que estaba asegurada por dentro con una cadena, no dejaba más espacio que el ocupado por el negro.

Empezaron á explicar á éste el objeto de la visita, y el fiel servidor les interrumpió diciendo:

—La orden que tengo es terminante. Cada persona paga diez francos.

Convencidos los visitantes de que todas sus explicaciones serían inútiles, abonaron el importe de las dos entradas y el negro se apresuró á franquear el paso, haciendo muchas reverencias.

Conducidos por él penetraron en un salón rodeado de cómodos divanes sobre los cuales descansaban aguardando seis caballeros vestidos de negro, tan correctamente como los señores llegados.

—Chico, qué clientela tan elegante tiene este doctor—murmuró uno de los amigos de Aquiles al oído de su compañero.

—Y se conoce—agregó el otro testigo que su especialidad son en las enfermedades del sexo feo... Todos son hombres.

Los seis caballeros que habían llegado antes y que formaban tres grupos también hablaban en voz baja y hacían poco más ó menos las mismas consideraciones.

—¡Demonio! volvió á decir uno de los recién llegados.—Esta casa no tiene nada de alegre. Cualquiera diría que los clientes del doctor Furnichón vienen con el traje á propósito para que los conduzcan directamente al cementerio. Transcurrieron quince minutos sin que se oyera más ruido que el de la respiración de los que aguardaban turno.

De pronto abrióse una mampara y desde adentro, una voz varonil pronunció un número.

Dos caballeros levantáronse y entraron.

La puerta volvió á cerrarse.

Media hora duró la consulta: Cuando salieron repitióse la operación anterior. Nueva llamada y entrada en el despacho de otros dos caballeros.

La cosa era chocante: los clientes de doctor Furnichón iban siempre aparejados como los bueyes, como los versos de las aleluyas... y como los testigos de los desafíos?

Los testigos... ¡qué ideal...! ¿Acaso serían todos aquellos caballeros....

Los amigos de Aquiles no tuvieron tiempo para seguir reflexionando.

Les correspondió el turno y entraron en el gabinete del doctor que los recibió con amabilidad exquisita.

El asunto quedó arreglado fácil y satisfactoriamente, porque el doctor Furnichón, de Filadelfia escribió una carta dando á su adversario todas las excusas que los representantes de éste exigieron.

Los amigos de Aquiles salieron de allí encantados del feliz término de su misión, libres de un gran peso... en el cual no incluían el de los 20 francos que dejaron al entrar.

Dos horas después el doctor Furni.